

xual de muchas divinidades y de muchos personajes humanos llevaba siempre explícito o implícito el sufrimiento; que siempre había una lucha en pro de la libertad del cuerpo (del uso libre del cuerpo) que rechaza las imposiciones sociales hasta el propio sacrificio; y que hay en cada personaje una epopeya introspectiva que busca y rebusca en el sexo y la sexualidad latente un viaje necesario en pos de la comprensión del propio espíritu y espiritualidad. Por tanto, me parece un mensaje actual y útil para las gentes de nuestro tiempo". Opinión que compartimos en toda su extensión.

Mónica Marcos Celestino

PÁNIKER, Salvador *Cuaderno amarillo*. Barcelona (Areté) 2000, 380 pp.

En esta etapa de nuestra tradición literaria en la que asistimos a la riqueza textual que proporciona la disolución de los géneros, con su marcado hibridismo o mestizaje, todavía nos sorprende la aparición de la última obra de Salvador Pániker como reflejo de su gran lucidez e inteligencia. Este autor, nacido en Barcelona y dedicado a una ardua tarea multidisciplinar, —pues también ha sido profesor de Universidad y es ingeniero, filósofo, colaborador habitual de la prensa escrita y director de la editorial Kairós—, ha publicado hasta la fecha muchos libros en los que aborda variados motivos, como los relacionados con el mundo oriental, el mundo occidental, el hombre, el origen, la filosofía o la mística, además de singulares memorias. Sin embargo, *Cuaderno amarillo* se presenta como un trabajo, si cabe, más completo y maduro, en el que Salvador Pániker rescata los apuntes publicables de sus diarios correspondientes al período que abarca desde enero de 1993 a diciembre de 1994.

El excelente resultado del libro lo logra precisamente gracias a esa escritura en forma de diario, un formato a través del cual pretende que su discurso se ajuste a la realidad vivida con el fin de ir más allá de lo obvio. Pero también lo alcanza mediante el hibridismo de la obra, ya que logra transmitir un arte de vivir con ayuda de una interesante mezcla de asertos ensayísticos categóricos y episodios anecdóticos que corresponden tanto a su vida íntima como a una crónica individual y social. Esto ha sido posible porque el autor es consciente de que en la actualidad los géneros andan muy entremezclados y de que ha llegado el momento de los géneros mestizos escasamente definidos, como el reportaje, el ensayo o la ficción. Decide, pues, imbricar la filosofía con la vida y el ensayo con las memorias, aunque en pocas ocasiones une en una combinación íntegra el registro filosófico con el literario, pues, habitualmente, los intercala sin que ninguno pierda su autonomía. El producto que obtiene es, por lo tanto, un discurso que discurre libremente de manera subjetiva en una continuidad de yuxtaposiciones que reflejan su propio fluir mental.

En el seno de esa dualidad constructiva que se advierte en *Cuaderno amarillo*, si atendemos a lo anecdótico constatamos no sólo la recreación de una historia de amor que se produce al término de otra y que se expone de una manera intimista y pormenorizada, sino también la confesión de otras vivencias íntimas —como las relacionadas con elementos familiares— e incluso de algunas vivencias sociales en las que se reúne con determinados personajes —ya sea en tertulias televisivas o radiofónicas, conferencias o encuentros más íntimos— dando lugar todas ellas al debate sobre pro-

blemáticas concretas de la sociedad y la realidad del momento. A pesar de todo, más relevantes parecen ser los pasajes en los que Salvador Pániker atiende no tanto a las anécdotas como a las categorías y a los juicios ensayísticos y críticos que complementan las demás aseveraciones intercaladas en su discurso. Así, el autor revela una sugerente y novedosa visión del mundo y de la vida a través de la reflexión profunda sobre una serie de aspectos que inciden en nuestras sociedades contemporáneas.

En líneas generales, podemos resaltar cómo, —además de exponer sus ideas acerca de la música, el oficio de escribir, la política, el amor, la moral, etc—, el autor de *Cuaderno amarillo* realiza una apuesta por la *retroprogresión*, un vocablo que pretende establecer que la tradición y la modernidad no son términos excluyentes. A partir de ahí, toda su filosofía se centrará en un proceso de conciliación de contrarios en los que no sólo se desea unir el origen con la modernidad, sino también el arte con la ciencia y lo masculino con lo femenino. Por tal motivo, recogiendo su doble legado oriental y occidental y conciliándolo con la experiencia, defiende que nuestra civilización posmoderna debe ser retroprogresiva y plantear la necesidad de la diversidad, de la pluralidad y el mestizaje. De tal manera, el hombre deberá expandirse en una doble dirección, tanto en la que se acerca a lo racional, lo científico y lo secularizador como en la que se dirige hacia lo metafísico, lo originario y lo místico. Afirma que, si las conquistas de la modernidad, como la democracia, la secularización y el laicismo, son un gran adelanto, conducen sin embargo a un mundo sin mitos en el que es necesario, para sostenerse, el trasfondo místico que le permite al hombre sobrellevar el relativismo y la incertidumbre. Por lo tanto, el ser retroprogresivo y místico no necesitará dogmas tranquilizantes y recuperará un nuevo concepto del mundo no fragmentario, es decir, la no-disociación primigenia del mundo y de la cultura.

Pero, para adquirir ese dinamismo retroprogresivo, el hombre debe ser libre, objetivo que sólo alcanzará cuando se derrumben las creencias absolutistas y se eliminen los fundamentalismos, un proceso muy complicado en Occidente a causa del peso de la Iglesia y de los católicos integristas. Pániker ataca a la institución eclesiástica porque, en su opinión, extiende el dogmatismo y el fanatismo, alejándose del admirable legado de Jesús al convertirse en un conjunto de mitos y símbolos casi inservibles a consecuencia de su desgaste. Esta deformación se debe al anquilosamiento generado por sus ansias de poder, cuando en realidad debería centrarse en facilitar la experiencia de lo sagrado. De ahí, la necesidad de superar sus dualidades y absolutismos mediante, por ejemplo, la conciliación de lo femenino y lo masculino, de la materia y el espíritu, en contra de los textos religiosos que ponen en guardia al hombre frente a la mujer; o con la lucha para legalizar la eutanasia voluntaria como derecho humano.

No obstante, si se quieren lograr los objetivos expuestos por el escritor, es pertinente prescindir de las creencias cuya contrapartida es el temor, como la de la religión católica que consigue la obediencia monopolizando el miedo a la muerte. El ser humano debe aceptar que la muerte es parte de la vida y no disociarlas, con el fin de llegar a ser dueños de su propio destino y, partiendo del agnosticismo, poder abocar en la verdadera experiencia religiosa o estética o trascendente. La solución será convertirse en un hombre religioso y no ateo, pero sin creer literalmente en nada más que en una religión confeccionada a la medida de cada individuo, un mestizaje religioso en el que no tienen cabida ni la autoridad ni las supersticiones. Cada persona debe recorrer su propio camino buscando lo trascendente, la superación del yo que, —anhelada

tanto por el hinduismo como por el budismo, el tantrismo, el sabio cristiano, el epicúreo persá o el orgiasta dionisíaco—, conducirá hacia una energía nueva en la que se eliminarán las angustias al asumir la normalidad de la muerte.

Cuaderno amarillo nos conduce, pues, a conciliar contrarios y eliminar dualidades, conjugando la concepción occidental del mundo como algo serio con la oriental que lo concibe como broma e ilusión mágica. Nos expone Salvador Pániker una sugerente perspectiva con la que apreciar la realidad a través de una novedosa visión del mundo y de la vida. Así, impactando con su llegada en la tradición memorialista, este libro plantea confesiones personales e intensas digresiones en una mezcla de amabilidad y profundidad reflexiva que le llevan a construir, con gran viveza y brillantez, una verdadera enseñanza sobre la filosofía de la vida. En palabras del autor, se trata de una *paideia* que nos hace entender que el mundo es una mezcla de seriedad y broma en el que, para superar los miedos y alcanzar la felicidad, es necesario que todo sea la vez trabajo y juego.

Natalia Álvarez Méndez

PUERTO, José Luis. *El Animal del tiempo*. Gijón: Ateneo Obrero (col. Deva), 1999. 82 pp.

Varios son los motivos principales —íntimamente conexiónados— que mueven al autor de *El Animal del Tiempo*; el primero de ellos, la palabra, la poesía—algo lógico tratándose de un poeta—, entendida desde el primer fragmento como conjunción de “el amar y el conocer, el sentir y el pensar”; en realidad son una y la misma cosa: conocer es amar, un acto de posesión y amor. En este sentido puede afirmarse que José Luis Puerto está del lado de la poesía que haga vibrar las cuerdas íntimas, que conmueva y emocione. Citando palabras de un cantaor flamenco, distingue un “cantar liso” —Guillén como ejemplo del mismo— frente a un “quejar la voz” o un dolorido sentir humano (“el rumor de la persona”), cuyo ejemplo puede ser Vallejo. Puerto está, naturalmente, de este lado: del lado del hombre que siente y se duele como hombre; está del lado de la hondura, del sentimiento, de “la honda palpitación del espíritu” (a la manera de Machado), y no de la poesía pensada, por así decir o meramente colorista y sensorial. Pero como buen poeta sabe que la emoción incontrolada puede conducir al caos; de ahí que prefiera no la emoción en bruto ni simultánea al hecho de escribir, sino la emoción recreada desde la serenidad; Puerto cita, en este sentido, a Wordsworth, pero, entre nosotros, Antonio Machado lo expresó así: “Tarde tranquila... / para tener algunas alegrías... lejos, / y poder dulcemente recordarlas”.

El hecho de escribir se compara con la mirada en lo que ambas tienen de descubrimiento, de desvelamiento, de revelación (la luz, al fin). El hombre, el poeta, percibe señales —recordemos que *Señales* es el título de un poemario de Puerto publicado en 1997 y que dos años antes había publicado otro título significativo, *Estelas*— tras las que habita la búsqueda: indicios del misterio, al que la poesía habrá de seguir interrogando (y desde la claridad o la transparencia, “cortesía del espíritu”). De todo lo dicho se desprenden dos ideas que separamos para mejor entendernos: la primera, que la poesía trasciende lo material, tanto para el poeta como para el lector; el poeta